

## El libro abandonado

En la ciudad es donde se viven estos sueños, cuya semilla ha nacido en los restaurantes y en los karaokes, que dan como resultado o secuencia los misterios que pueblan nuestra imaginación. No las llamo youtubers ni videos, porque son otra cosa. Los llamo misterios porque acaban siendo enigmas que nos inundan y acaparan.

Y ocurre que entras a un bar, discoteca o karaoke vaya, aunque ya lo he dicho lo repito, y te acercas a la barra y pides el gin-tonic.

Luego, por defecto, es decir porque no sabes hacer otra cosa, te giras y contemplas el establecimiento y allí lo ves. Tiene forma de libro con las cubiertas negras. No responde a ningún tamaño que conozcas.

La curiosidad te invade y te acercas. La mesa está vacía, hay dos sillas. Te sientas en una y esperas a que alguien acuda a recogerlo, este sería el dueño del libro.

Pero nadie se aproxima, nadie mira. Los libros no son una atracción seductora.

Terminas la cerveza que a pequeños sorbos has ido tragando. Miras el reloj, casi media hora ha pasado y te levantas, te acercas a la barra y pides otra cerveza.

Alguien se acerca por detrás y te golpea en el hombro.

-Ha olvidado algo sobre la mesa, se lo recuerdo para que lo deje abandonado. Ya sabe que hay muchas manos largas.

Todos miran a la mesa y lo ven, como tú, pero nadie se mueve ni hace señales de que fuera suyo.

El camarero pone la cerveza delante de ti y comenta.

-Vuelva a la mesa y no lo abandone, que luego me lo traen para que lo guarde y en las estanterías, entre las botellas, corre peligro de que se manche. Incluso puede venir alguien a reclamarlo como si fuera suyo, sin serlo.

-Pero, cuando se lo entreguen o cuando se lo pidan, puede mirar de qué trata y de si tiene alguna dirección escrita, para poder identificar al dueño.

-Ya, pero a veces solo hay generalidades que son fáciles de adivinar aunque no las haya escrito el supuesto dueño. Suponga que es un billetero y te dicen cómo son los billetes que contiene.

-Sí, pero la cantidad siempre estará intacta.

No sirven de nada las reflexiones. Todos, y él mismo, están pendientes de la mesa con el libro encima.

Ese él, ese otro, el tú de que hablo soy yo. No tengo dos personalidades sino una, pero al escribir según qué cosas me instalo en una segunda persona que me oculta y encubre. Por eso, para evitar incomprendidos, desde ahora me presento como tal yo.

Cuando retorno a la mesa y alargo la mano para recoger el aparente libro, todos retiran su mirada como si se sintieran complacidos. Respiran fuerte. Ya no hay peligro, el dueño ya lo ha recuperado, parecen exhalar con una bocanada de humo los unos y con un suspiro los otros.

Es un libro, sí, y lo abro, es de un formato raro, muy estrecho pero alargado, como de tamaño peculiar. No hay firma de propiedad, sin un "ex libris" como suele ocurrir entre los propietarios.

Lo guardo en el bolsillo interior de la chaqueta, pero aun siendo estrecho no cabe. Echo una ojeada por el entorno y nadie mira, ya se han desentendido del libro y de mí. Compruebo anchura y deduzco que debería entrar en el bolsillo derecho de la chaqueta. Pero tampoco cabe. Lo miro y veo que se engrosa y llena mi puño, los dedos se tienen que distender para tomarlo y que no se me caiga.

Lo miro extrañado porque aparenta poco pero es como si creciera en el número de páginas al asirlo.

Decido apretarlo con los dedos como cuando llevaba la enciclopedia siendo niño, o el periódico ahora cuando lo compro y es abultado con todos los suplementos con que algunos domingos lo enriquecen.

Pero es tan grueso que no lo puedo asir.

Miro. Nadie se preocupa de mí ni del libro.

Por ellos no he de preocuparme, es como si no existieran, o como si no existiera yo. Incluso el barman está charlando amigablemente con dos en la esquina de la barra y solo mira hacia la puerta por si entrara alguien.

Sigo receloso con el libro y lo abro de nuevo para informarme de los títulos, la firma del autor y los permisos de publicación. La editorial, el ISBN, el depósito legal y todo lo concerniente a la edición, la editorial que lo ha publicado...

Pero paso una hoja, dos, tres y no hay letras ningunas. Están en blanco, lo cierro y lo dejo sobre la mesa.

Vuelvo a revisar el ambiente y es un ámbito reservado. Es decir que cada uno está a lo que está. Algunos hablan acalorados, es el grupo más amplio, los otros parecen hablar en confidencia. Todos tienen tema, y se internan en él. Cierran los oídos, aparentemente, a lo que hablan los otros, aunque a veces se mezclan sus voces, y es como si interactuaran sin acuerdos.

Pero a mí me tienen en la niebla de las mesas, como si no existiera.

Las tapas son de hule grueso, o de hule negro forrando el cartón duro.

Yo no estoy, absorto en la cerveza, como los bebedores de la barra, porque muevo el libro de aquí para allá. No resisto la tentación y lo vuelvo a abrir.

Primera página en blanco, es la página de cortesía que dicen los impresores, la segunda hoja queda en blanco también, paso otra hoja y en la página 5, encuentro una palabra.

“Érase”

Una palabra en letras grandes, para que ni los ciegos la puedan pasar por alto. La leo con fruición y con esperanza de que sea un libro lleno de palabras, no un libro en blanco.

Paso página y en la sexta está escrito:

“una vez”

También en letras de las mismas características.

En la página séptima leo:

“un libro”

Paso a la octava página:

“que comenzaba”

Y en la novena:

“de esta manera”

En la décima se ven dos puntos

“:”

Me dispongo a leer un libro interesante, aunque me parezca que es un cuento como los que leía en mi infancia. Todos comenzaban igual: “Érase una vez...”

Y en la página undécima hallo escrito:

“Érase”

Y en la duodécima:

“una vez”

En la decimo tercera:

“un libro”

En la décimo cuarta:

“que comenzaba”

Y en la décimo quinta:

“de esta manera”

Y en la siguiente los dos puntos

“:”

Me escama la repetición, pero continúo pasando páginas y siempre encuentro la misma historia:

“Érase” “una vez” “un libro” “que comenzaba” “de esta manera” “:” y en la página siguiente continuaba con la misma entrada “Érase” “una vez”

Y así página a página las mismas y repetitivas palabras que no me dejaban hacer otra cosa y que tenía que leer obligadamente.

“un libro” “que comenzaba” “de esta manera”

“:” “Érase”

Quería detener mis dedos pensando que si no pasaba página dejaría esa lectura machacona, pero no era posible, la mano izquierda lo sujetaba y aplanaba las hojas para que no se cerrara, y la derecha alcanzaba la esquina superior de cada una para continuar con este cuento de nunca acabar.

Y el libro engrosaba según leía con la amenaza de que nunca daría fin.

No podía pedir socorro, mis labios eran eco de mi mente y no podían pronunciar otra palabra que la escrita. El texto dominaba todo mi cuerpo inclinado de manera que mis ojos solo tenían la visión de las páginas que pasaba una a una. “Érase” “una vez” “un libro”

Y vuelta de nuevo.

No veía el reloj del establecimiento ni mi reloj de pulsera, y no sabía la hora, no podía comprobar si los clientes eran los mismos o si cambiaban en el curso del día.

La atracción del texto, el cumplimiento de la lectura, no me daban opción alguna. Mi libertad era la de pasar páginas y leer. Ya lo he memorizado, ya casi me había de tan sabido. Casi lo recito sin necesidad de pasar páginas, pero no puedo no hacerlo. Hay una fuerza que me impele a mover los dedos y a frotar el centro con la mano izquierda cuando paso página, para abrir el libro de manera que no se cierre, y que se puedan leer los rincones entre páginas.

Las sensaciones no huyen y, al parecer, todo se ha quedado oscuro. Algún espíritu, alguna obsesión me introduce en el libro de tal manera que mis impresiones brotan y vuelan. Mi alucinación en la lectura acapara mi excitación, aunque la sensibilidad impulse a mis dedos en su obligación de pasar página.

La vista ha perdido ángulos de visión, está concentrada.

“un libro” “que comenzaba” “de esta manera”

Pero nació la sensación de la oscuridad, de la noche, el sueño me fuerza a cerrar los ojos que los tengo irritados de tanto mirar. Las páginas se iluminan como si fueran una pantalla y deduzco que, ya se han encendido las luces, es de noche.

No entiende que los dedos se suavicen del roce de los picos de las páginas, ni que escuezan, o que necesiten humedecerse como le ocurre cuando en el sofá lee y pasa página, que se chupa el dedo en los labios para facilitar el cambio.

“:” “Érase” “una vez”

Está obligado a seguir, no detiene la noche, nada le permite descansar. Ni el día con su iluminación. Está junto a una ventana y los cambios de luz afectan a las páginas que se aclaran con el reflejo solar. Y no piensa, no le deja pensar. El libro acapara y domina. No hay ninguna verdad fuera de él.

Estás convencido de que es así, ese rosario de repeticiones te persuade y surge en ti la necesidad de adoctrinar, de dar a saber ese empeño de la historia de nunca acabar. Tanto repetir lo mismo te convierte en predicador, ¿porqué solo lo voy a saber yo?

Érase una vez un libro que comenzaba así: Érase una vez un libro que comenzaba así: Érase...

Ya se ha fundido en tu cuerpo. Las cubiertas duras recubiertas de hule tienen el mensaje del libro imperecedero, las páginas de cortesía al principio es el protocolo necesario para abrirlo y entenderlo. No requiere título, ni datos de edición ni nombre

de autor porque es una obra universal: “Érase”. Nada de lo que hay no fue siempre, érase, y por eso sigue siendo. Una vez, fue el comienzo, en algún momento se inició “el libro”...

Una presencia física, una caja llena de hojas que encierran un misterio. La sorpresa de abrirlo y pasar página a página hasta descifrar el secreto que oculta.

Y me quejo de la sequedad del dedo, de la artrosis de mi muñeca, de los ojos cansados y faltos de humedad, debería llorar para suavizarlos.

La ventana que hay a mi espalda se abre y me inunda la luz, el libro pierde su propia iluminación y siento que alguien se mueve por el local.

Yo sigo leyendo “Érase una vez un libro que comenzaba así: Érase...”

No me detengo porque no me deja y debo seguir apegado al libro y a su lectura.

El camarero se acerca y dice algo a la vez que trae un café con leche en una taza sobre un platito en el que bailan dos churros. Cuando los deja uno de los churros salta y cae verticalmente sobre la página que tengo abierta y leo “:”, que no puedo leer porque ya no son dos puntos...

La mancha de aceite corre sobre el papel de manera que une los dos puntos.

Entonces oigo su voz que me dice terminando la frase, cuando llegue...

-...a punto y aparte, tómese el café y los churros.

He escuchado sus palabras, se han abierto mis oídos, mis ojos bailan sobre la página que no tiene dos puntos, se han unificado, solo hay uno. Punto y aparte dijo el camarero al que ahora veo que ha llegado al mostrador y levanta la portezuela de entrada. Mis párpados suben y bajan y mis ojos se lubrican.

Punto final, punto final.

La lectura se acabó.

No repito la lección memorizada por temor, ni paso página por miedo, porque mi dedo está libre y se mueve alejándose de su esquina superior.

Tengo hambre y sed. Como los churros y bebo el café y acerco al camarero los utensilios y me dice.

-Como es el primero en entrar al bar, puede ojear la prensa.

La abro y leo a grandes titulares: “Varias personas han perdido el juicio, por leer un libro encuadernado en hule negro”.

En segundo titular comentan “No se dejen sorprender. Se encuentra  
diseminado en distintos lugares públicos de la ciudad”

No me atrevo a leer el total del artículo.

-¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

-No sé –contesta el camarero que está entretenido en limpiar el mostrador- ha  
debido entrar detrás de mí, aunque no me he percatado. Lo he visto sentado en esa  
mesa y me ha dado la impresión por su palidez que tenía necesidad de beber y comer  
algo.

-¿Pero se lo he pedido yo?

-No. No. Estoy acostumbrado a que aparezca alguien con sus mismas pintas que  
no se atreve a pedirme nada cuando hay gente en el mostrador.

Me ha confundido con un pordiosero, pienso, y para liberarme de ese  
calificativo dejo unas monedas sobre el mostrador. Pero él ya se ha alejado y se olvida  
de mí. Es como si no me viera o no existiera.

No vuelvo a la mesa y allí queda abandonado el libro de tapas duras forradas de  
hule negro.

....

Me voy con la creencia de que estas cosas ocurren donde menos te lo piensas,  
porque donde menos lo esperas salta la liebre, que dicen los cazadores. Y ante este  
libro he sido un cazado. Un lector aficionado cae en la tentación de hojear cuanto  
puede ser leído. Pensaba en un libro de contabilidad, tal vez un manuscrito, en qué  
divulgación o qué propaganda se podría hacer de un libro de hule sin títulos ni  
imágenes, todo él negro.